

Solo en la cama, me desperté sobresaltado: acababa de soñar que una cabeza, a medio flotar, me esperaba adentro del inodoro. Antes de seguir, apunto una breve digresión: estaba solo en la cama porque dos meses y dieciséis días atrás había cortado con esa cerda loca de Irena, de quien ya no soportaba sus repulsivas prácticas ocultistas. Ella fue la que cortó, mejor dicho, obedeciendo órdenes de aquel tintorero hijo de puta, y que mal rayo les parta el culo a los dos. Volviendo a mi pesadilla horrible, en lo que se los permitía el exiguo espacio de la taza y sus naturales desperdicios, aquellos rubios cabellos de ángel rubio —se trataba de una rubia cabeza de mujer— se desplazaban tan sublimemente lánguidos como los de Shelley Winters en la toma subacuática de La noche del cazador. Una sirena, por cierto, pero con los ojos ya desorbitados y la piel tirante.

—La mente humana es capaz de cualquier jugarreta —dije en voz alta, yendo para el baño.

Levanté la tapa del inodoro, y debo reconocer que en medio del entresueño sufrí la decepción de no toparme con la cabeza de mi pesadilla ni con ninguna otra cabeza, ni de hombre ni de mujer. Y menos con la cabeza de Irena, por supuesto, quien ya estaba instalada en Japón —en el puerto de Yokohama, para ser más preciso— conviviendo con el puto ponja gerente que se la llevó, de vuelta a sus pagos, con rango de secretaria apta para todo servicio; no hay caso: trabajar juntos calienta.

Era de madrugada, pero yo tenía más hambre que sueño. Así que, después de una larga y cálida micción, enfilé para la cocina a prepararme un sándwich de sardinas, tomates deshidratados y mostaza. Pero antes lo pensé dos veces —o directamente ni lo pensé—, y fui a mi MacBook a imprimir una foto tipo retrato en primerísimo plano que le había tomado con el iPhone a aquella perra cuando todavía estábamos los dos muy bien y muy juntos.

Llevé el retrato al baño y lo eché en la taza del inodoro. Enseguida la hoja A4 en que había impreso la cara de Irena empezó a soltar la tinta desleída. No me quedaba más pis, pero de buena gana le hubiera echado un chorro de despedida antes de apretar el botón. Como fuese, el agua se llevó aquella cabeza para siempre jamás.

—Estúpido, qué ganaste —le dije a mi reflejo cuando pasé por el espejo al salir del baño—. Agradecé que no se te tapó el inodoro con ese papel de mierda.

Mientras tanto, a unos veinte mil kilómetros de aquel humilde toilette sito en el barrio de Floresta, en una habitación cinco estrellas cuyo balcón mira a la Bahía de Tokio, un conocido empresario, loco de desesperación, no puede entender cómo su novia argentina se ha quedado tiesa en el fondo del jacuzzi, con los ojos muy abiertos y sin soltar ni una sola burbujita de aire.